

LAS NOVELAS DE LOS SOBRINOS

SUSO DE TORO

La última vez que vi a Samuel Amell fue en una visita suya a mi ciudad, Santiago de Compostela. En aquella ocasión entendí que estaba viajando por algunos lugares de España para mostrárselos a su hijo que lo acompañaba, y aunque aludí a un contratiempo de salud pensé que había sido algo que había quedado atrás y no comprendí que se estaba despidiendo, de todos y de todo. Supongo que yo vivía todavía con el acelerador pisado. Aunque ya es tarde me gustaría tener hacia él la consideración que entonces supongo que no tuve contando algunas cosas que creo que habría escuchado con curiosidad pues, tratan de la historia reciente y de la literatura en España. No pretendo hacer aquí una reflexión metódica, son algunas reflexiones nacidas de mi experiencia particular, como ciudadano y como escritor.

Aclaro que nunca me consideré un “novelista”, prefiero la abertura y también la bruma del término alemán “dichter” para situarme antes que la compartimentación académica de la literatura en géneros y subgéneros. No soy novelista, mi naturaleza silvestre me lo impide y cuando escribí novelas casi siempre me acababan saliendo engendros con mucho de cuento gótico y otro tanto de fábula, escribía sobre el presente pero mis personajes me conducían casi inevitablemente al pasado, al país de los fantasmas. Pasaba de la novela al mito en menos de nada, casi sin darme cuenta y pareciéndome lo más normal; no soy exactamente un novelista pues.

Sin embargo comprendo que la novela, que siempre es “novela histórica”, es la forma literaria que cumplió el papel de interpretar la historia de las sociedades occidentales. Y como, mal que bien, escribí

novelas, y como hace tiempo que entré en una fase de la vida en que uno ve como se confunden la historia y la propia memoria, creo que puedo decir algo sobre la historia reciente de España y sobre cómo fue tratada por la novelística y hasta qué punto el pasado condicionó tanto la vida social como la creación narrativa.

No pretendo ocultar el lugar desde donde hablo, quiero enseñar mis cartas de antemano pues no pretendo sobrevolar, tomé y tomo parte en el juego. Empiezo por decir quién habla, quién es este narrador.

Para los efectos diré que a los dieciséis años entré en una organización cultural para defender la cultura gallega de la cultura del Régimen franquista. Eran organizaciones de inequívoca intención política y eran vigiladas e investigadas por la policía; antes de dos años había entrado en una organización clandestina marxista-leninista.

Así pues cuando muere Franco era un militante galleguista y comunista dispuesto a todo y que había dejado de lado vocación y ambiciones para volcarse en la lucha política. Aunque la vida continuó y mis posicionamientos y puntos de vista también mudaron, aquellos pasos fundaron mi vida y la condicionaron completamente, supongo que marcaron mi literatura y desde luego limitaron mi carrera literaria.

El modo en que se pasó de un Régimen totalitario a una especie de democracia probablemente fuese el menos doloroso para la población en aquel momento pero a aquel militante le pareció una estafa y, mientras en los años ochenta y en adelante la democracia española fue ensalzada y celebrada con alborozo por los medios oficiales y por la mayor parte de la población, él siguió militando en partidos minoritarios y que claramente estaban fuera de aquel nuevo consenso, y ya sin partido se mantuvo en posiciones más o menos críticas con la política realizada desde entonces.

Cuando escribo esto parece claro que el estado español vive una crisis profunda y que su existencia misma está en cuestión, inevitablemente algunos observadores hemos empezado a volver la vista atrás en público y a cuestionar aquellas mismas bases de la restauración democrática tras la muerte de Franco.

En estos días de agosto, cuando esto escribo, estoy leyendo una novela "O frade das dúas almas" ("El fraile de las dos almas") editada hace un par de años aunque es una novela del año 1931. No es una novela valiosa literariamente. El autor, Xosé Tobío Mayo, retrata la sociedad rural gallega con una mirada crítica y aguda pero no

deja de limitarse al costumbrismo. Lo que me movió a empezarla es la historia del libro. Estaba a punto de ser impreso en el verano de 1936 cuando los fascistas asaltaron el taller donde se imprimían buena parte de los libros en lengua gallega y destruyeron libros y todo lo que no pudiese ser expoliado y vendido luego. El editor, Ánxel Casal, que era también el alcalde de Santiago, fue torturado y asesinado una madrugada de uno de estos días de Agosto. El autor de la novela consiguió escapar, luchó en el ejército republicano y luego se exilió en Francia y en América. Una sobrina suya, profesora en la universidad de Florencia, me ofreció el libro y abro y leo el libro de su tío más como un acto moral que literario.

Comento las circunstancias de ese hombre con una vecina y despierto en ella un recuerdo sepultado: los fascistas señalando las casas de los vecinos sospechosos y asaltándolas de noche, también un tío suyo escapó al monte, con la guerrilla. Acabó en América también.

Para América escaparon los mejores o los más bravos, los tíos. ¿Y nosotros, los que nacimos aquí y no en el exilio, quiénes somos? Somos los sobrinos de nuestros tíos asesinados o escapados de la muerte en el exilio. Y somos los hijos e hijas de los que se quedaron aquí de grado o a la fuerza, los que tuvieron que sobrevivir bajo el dominio de los que habían pretendido o conseguido asesinar a sus hermanos, padres, parientes o vecinos. Somos los hijos de los que tuvieron que adaptarse como pudieron a vivir aterrorizados bajo el poder absoluto de los asesinos. Adaptarse, no dar en la vista, callar, simular, desfilar, obedecer..., para sobrevivir primero y salir adelante, progresar, luego. El franquismo no fue "una dictadura", fue un régimen totalitario que duró casi cuarenta años y modeló varias generaciones.

Sobrevivir en el vientre del monstruo no permitió vivir con mucha dignidad, ésa es una verdad tan evidente como incómoda y de ahí nacen muchas resistencias a asumir ese pasado.

Los supervivientes, esos fueron nuestros mayores, los que nos criaron, los que criamos y deseamos y deseamos para las siguientes generaciones una vida mejor. Cómo no vamos a querer a nuestros esforzados padres y madres, cómo no vamos a comprenderlos y, si fuese necesario, explicarlos y aún justificarlos. Es lo más humano y lo más decente. Cómo no vamos a comprendernos a nosotros mismos.

Sin embargo la tarea del artista no es explicar o justificar lo establecido, lo existente, sino cuestionar las bases sobre las que se le-

vanta. Y la conciencia fomentada y progresivamente establecida en la sociedad española desde los años ochenta fue: “esta sociedad española es la mejor de su historia”, “somos un país joven”, “nunca hubo tantas décadas de paz”, “nuestro tránsito de una ‘dictadura’ a la democracia fue ejemplar”, “nuestra democracia es admirada y puesta de ejemplo en todas partes”, “el mundo nos admira”, “enviarian nuestro desembarazo y el saber divertirnos”... Toda una argumentación infantilizadora que nos absuelve de culpas y nos libera del pasado..., como niños sin mácula. Pero esa inocencia fingida en personas adultas es una forma de imbecilidad o de locura.

Creo que en los autores de novela que escribieron sobre la guerra civil en las últimas décadas entraron en contradicción las exigencias filiales y el deber del escritor. Enmarcadas dentro del contexto ideológico y político de la democracia española, prevalecieron las novelas que instituían una interpretación: no hubo buenos ni malos; todos eran más o menos buenos y malos, más o menos idealistas; la guerra fue un error de todos; había radicalismo antidemocrático en ambos bandos; hubo atrocidades en los dos frentes; ahora hay que mirar al futuro todos juntos... Los protagonistas preferidos eran o antiguos militantes republicanos que perdonaban a sus verdugos y se abrazaban o prudentes republicanos liberales que habían sido víctimas del radicalismo de los extremistas de ambos bandos. Esa narrativa nos ofrece un punto de fuga que nos invita a situarnos al margen, nos exime de tomar partido y nos mantiene moralmente impolutos como observadores o árbitros. Como si el pasado hubiese sido un ensayo errado y destinado a ser abandonado para ensayar algo nuevo, como si no fuese una realidad que nos obligaba aún a reparar los daños provocados, como si no fuese una realidad que siguió y sigue operando en nuestro presente.

Junto a ese discurso otras novelas ilustraron episodios de la represión franquista durante la guerra y en la inmediata posguerra.

Frecuentemente actuaron como un martirologio de las víctimas. Creo que junto a una función reparadora de la memoria y de la moral también ofrecían a sus lectores acogerse a una identidad de “víctima”.

El lector podía identificarse con las víctimas de las atrocidades fascistas y de ese modo sentirse también represaliado. En cierto modo es verdad que el Régimen afectó a todas nuestras vidas pero estirar y generalizar tanto ese estatuto tan laxo de “víctima” me parece que es más autocomplacencia e infantilismo que madurez cívica.

Y, de nuevo, omitir o saltar grácilmente sobre el molesto pasado de nuestras familias o de nosotros mismos.

Pero lo que confirma la relación entre la novelística canonizada y las ansiedades de la sociedad española en relación con su pasado, lo que confirma su imbricación en el proyecto político de una “España inocente” y su militancia en la ideología dominante en estas décadas pasadas es el participar del ataque al antifranquismo.

Tras la muerte de Franco y dada la debilidad del antifranquismo se estableció un nuevo consenso basado en el olvido y la negación misma del pasado, tanto los franquistas acérrimos como los antifranquistas acérrimos fuimos pasado a olvidar, pues éramos un espejo incómodo para quienes diseñaban una nueva España de jardines y colores.

El relato oficial que se fue verbalizando decía que la democracia llegó por la madurez del pueblo español encarnada en una nueva generación que representaba el Rey, una generación más moderna, tolerante, etc. Esa nueva España suponía la negación de lo que habíamos vivido, suponía olvidar el miedo y la sangre. Siguiéron en sus puestos los mismos jueces, funcionarios, banqueros, militares del franquismo..., hasta los policías que habían torturado a los militantes antifranquistas fueron ascendidos. En cambio se extendió el desprestigio sobre aquellos “izquierdistas radicales” y los intelectuales que se establecieron en el nuevo régimen democrático se ganaron su lugar criticando aquellas ideologías que “decían combatir el franquismo pero no eran realmente democráticas sino totalitarias”.

Particularmente sentí que se decía que los antifranquistas éramos sucios, feos y enemigos de la democracia. Una vez más los intelectuales del nuevo régimen ofrecían un punto de fuga muy cómodo, “ni unos ni otros”, “todos eran antidemocráticos”... Aparentemente muy razonable sólo que basado en el ocultamiento de la realidad, en el no reconocimiento de que aquella izquierda más o menos radical era la única y verdadera oposición al franquismo y que los “nuevos demócratas” y la nueva “izquierda democrática” apareció después de que muriese Franco y estuviese bien enterrado.

Conforme fueron cambiando las circunstancias históricas en el estado español, en Europa y en el mundo, unos antes y a otros más tarde se nos hizo evidente que el marxismo-leninismo tenía un carácter totalitario, pero lo que se hizo fue enjuiciar al antifranquismo y su programa político (república federal o confederal, autodeterminación de las nacionalidades, enjuiciamiento de los responsables fran-

quistas, nacionalización de la banca...) utilizando para ello las ideologías con que habíamos argumentado nuestra rebelión contra el régimen.

En este contexto se publicaron libros que retrataban a los militantes antifranquistas como aviesos manipuladores, intrigantes, niños pijos, diletantes frívolos... Imagino que respondía a una necesidad psicológica, con esa mirada desprestigiadora de la militancia antifranquista sus autores encontraban el modo de autojustificarse por sus actuaciones pasadas o por su falta de compromiso efectivo.

El tiempo nos trabaja, el paso del tiempo y sus efectos sobre la memoria personal son un potente agente que interviene en el programa literario de cada autor. Si repaso parte de mis libros de ficción, particularmente las novelas, encuentro también en este autor esa imbricación con esa historia trágica que se sigue pretendiendo obviar pero sigue actuando.

Será por eso también que estos días de Agosto acabo de redactar el borrador de un texto teatral que me traslada de vuelta a septiembre de 1975, cuando varios pelotones de guardia civiles y policías voluntarios a las órdenes de oficiales del Ejército fusilaron a cinco miembros de dos organizaciones nacidas contra el franquismo, ETA y FRAP. Terrorismo contra un estado criminal. El juicio fue un burdísimo simulacro y su ejecución fue una afirmación del poder de aquel ejército vencedor en la guerra civil. Es un episodio incómodo de recordar, todo lo real es incómodo, pero sin recordar lo real la vida se vuelve estúpida y vacía, como fueron estas décadas españolas. Hace tres años dejé plantadas muchas cosas pero desde entonces el encuentro entre un miembro de aquellos pelotones de fusilamiento y un militante clandestino de entonces a floraba repetidamente en mi cabeza y los oía acusarse y reprocharse cosas, tuve que echar fuera esas voces. Con los años, con las décadas, la memoria actúa y rescata el pasado que se había quedado atrás y parecía perdido.

El tiempo nos trabaja, sí.